

CAPÍTULO XX.

EN EL CUAL LA DICHA DE TODOS LOS PERSONAJES
VÀ À MAS Y MEJOR.

RETROCEDAMOS un poco.

Muy poco tiempo tardó Concha en dejar de ver las cosas color de rosa; y contra todo lo que se esperaba, iba siendo mas desgraciada cada dia.

Concha no se quejaba mas que de su suerte.

A su suerte le echan muchos la culpa de lo que les sucede.

Esta es una salida fácil y en la que buscan un consuelo los desgraciados.

Lo difícil es echarse uno la culpa á sí mismo, cosa que

ni por las mientes les pasa á la mayor parte de esos desgraciados.

Concha no habia hecho mas, en todo caso, sino dejarse llevar de los acontecimientos.

—Privada me robaron, decia; yo no pude oponer resistencia: Arturo no se podia haber casado nunca conmigo; despues se metió el general á mi casa, y yo no pude hacerlo salir. ¿Qué culpa tengo de todo esto? Es mi mala suerte.

—Amé á Arturo: yo debia haber amado al sastre ó al de la guitarra; pero esa fué mi suerte.

—No debí salir de mi casa, pero mi suerte.....

—No debí haber admitido al general; pero el general es tan pegoste y tan porfiado..... mi suerte, en todo mi suerte, ¡qué hemos de hacer!

¡Heróica resignacion!

Los prosélitos de esta fácil y espeditiva resignacion hacen su viaje por este mundo, dando traspiés de desgracia en desgracia, todo por su mala suerte.

Tambien doña Lola estaba resignada con su suerte, segun ella misma decia. Se le habia lanzado don Jacobo á la revolucion por su mala suerte; pero en cambio se le habia aparecido don José, que era su paño de lágrimas.

De todos modos, Concha no estaba contenta con su suerte, porque hubiera querido que el general hubiera sido un ángel; pero era una bestia feroz, un oso blanco.

Le habia salido celoso como Otelo, no la dejaba ni á sol ni á sombra.

Arturo era mas confiado, como niño al fin; pero el general, el general la tenia mártir, y representó dos veces al dia "El tigre de Bengala" durante cinco meses.

Concha lloraba tambien dos veces al dia, y algunos dias dejaba de llorar dos horas en veinticuatro.

No cesaba Concha de quejarse de su mala suerte.

Cuando Pio Blanco salió de la cárcel fué cuando Concha empezó á consolarse de nueva cuenta: es cierto que Pio habia matado á Arturo; pero en cambio la consolaba ahora de las barbaridades del general.

La primera visita de Pio Blanco, al salir de la cárcel, fué para Concha.

Este era una fineza.

Y todas las demas visitas tenia el pobre de Pio que hacerlas escondidas del general, todo por no causarle un disgusto á Concha.

Cada una de estas otras cosas era otra fineza.

En lo único en que Concha tenia suerte era en las finezas que hacian con ella.

La última fineza de Pio Blanco fué la de dar un dia de campo solo por Concha, solo por distraerla, por librarla un dia siquiera de la ferocidad del general, por verla reir y gozar con el campo, con la canoa, con las chinampas y con todo lo del paseo. Irian amigos de confianza como Pio Prieto, como Pepe Pardo, y sobre todo, Pedrito que era tan buen chico.

Cada uno de estos tres pollos habia de llevar una señora, y Pio á Concha, total: ocho personas.

Habia una persona que supiera mejor la historia de Concha que Concha misma: esta persona era Casimira. Desde que Concha se emancipó, Casimira no se ocupó en mas que en seguirle la pista, y en tener al tanto á doña Lola por el fidedigno conducto de toda la vecindad, de todo lo que hacia Concha.

La víspera del dia de campo de Pio, habia interrumpido un diálogo de doña Lola y don José un acontecimiento notable.

Acababa de entrar al patio de la casa de doña Lola un hombre á caballo preguntando por la esposa del coronel Baca.

—No vive aquí, gritó Casimira, aquí no vive la muger de ningun coronel, aquí todas semos pobres.

—Niña, aquí ha de ser, insistió el jinete.

—Que no, le digo..... ¡esposa de coronel! ni para un remedio.

—Se llama doña Lola.

—¿Doña Lola?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Pues don Jacobo Baca.

—¿Ya es coronel?

—¡Pues no!

—Entónces, aquí es, hombre de Dios, eso es hablar en castellano. Si ya es coronel don Jacobo entónces..... Doña Lola! doña Lola! se puso á gritar Casimira. Doña Lola! ya don Jacobo es coronel, y la vienen á llamar á

usted de su parte. Suba usted, señor, agregó dirigiéndose al jinete: allá en el corredor de arriba, en la vivienda del rincon.

El jinete se apeó y subió á ver á doña Lola.

—Un ojo con mi caballo, señorita, por vida de lo que mas estime.

—No tenga usted cuidado, que aquí nada se pierde, oda es gente segura y de muchos años: no faltaba mas sino que se perdiera algo en la casa de nuestra Señora de la Luz: ¿no vió usted el letrero al entrar?

—Qué tal, continuó Casimira, dirigiéndose al grupo de vecinos que rodeaba ya el caballo: hizo bien don Jacobo; yo de hombre haria lo mismo; no hay como la revolucion para salir de pobres. Coronel! el señor coronel! ja, ja, ja: con razon le dije á ese hombre que no era aquí la casa: quién habia de pensar! por eso me gustan los liberales, y este es chinacate legítimo que se le conoce á legua: miren qué buen caballo; quién sabe de quién serias tú, animalito, y cuántas muertes deberá el héroe que te trepa! ¡que viva don Jacobo! Oigan, vecinas, vamos á felicitar á doña Lola y á obligarla á que nos dé tamales y atole de leche, como albricias de la buena noticia.

—No, mejor chongos, dijo una vecina.

—Mejor mole de guajolote, agregó otra.

—Eso es! cada uno va pidiendo, no se puede decir nada; hambrientos!

—Hambrienta tú, que quieres tamales luego luego.

—Es justo.

—Cállense, que ya baja el del caballo.

—Y es buen mozo, dijo muy quedito una vecina.

—Muchas gracias, señorita, dijo el jinete á Casimira. Ahí está ese para nieve; y le dió un peso.

—¡Ah qué señor! dijo Casimira haciendo desaparecer completamente su pupila izquierda, pretendiendo hacer una coquetería.

—Mi medio, dijo un muchacho, animado al ver que daban.

El jinete repartió pesetas y medios á todos los curiosos, montó á caballo y dió las buenas tardes. Aquel enviado extraordinario hizo un efecto mágico en la vecindad.

Doña Lola recibia por primera vez una carta de su marido y por primera vez tambien recibia dinero. El enviado habia informado á doña Lola que el coronel Baca era muy valiente y que ya mandaba una fuerza que merodeaba por Ajusco, bajaba á Tlalpam y solia recorrer los pueblos de Xochimilco y Mexicalcingo.

Doña Lola y don José cuando se hubieron repuesto de la primer sorpresa se pusieron á leer la carta de don Jacobo, que decia así.

«Monte de Ajusco etc.

«Mi querida esposa de mi cariño: Mealegraré que al recibiste aya con salud en compañía de nuestros «ijitos y compadre don José esta solo sereduce. á que »como andamos ya cerca con la fuerza por orden del cuar-

“telgeneral y como siempre triunfaremos telo paso avisar paque un dia vengas a Xochimilco y te pueda ver y “á mis ijitos de mi corason ay te mando eso para tí son “sin cuenta pesos que los disfrutes mea legraré.

“Tu esposo que ver tedesea.

“C. Coronel Jacobo Baca.”

—¡Qué dice V., compadre de mi alma! exclamó doña Lola al acabar de deletrear la carta y dándose una palmada en el muslo derecho que hizo estremecer á don José.

—¿Qué dice V. no mas? Yo me alegro por mi compadre.

Don José y doña Lola se quedaron viéndose uno al otro.

Despues de aquellas dos exclamaciones, ninguno de los dos se atrevia á indicar el jiro que deberia tomar la conversacion, hasta que despues de un largo rato don José dijo:

—Con que coronel!.....

—¡Coronel! repitió doña Lola abriendo los ojos y encogiendo los hombros. ¡Coronel!

Volvió á reinar el silencio, durante el cual don José jugaba con la carta que tenia en las manos.

—¿Con que V. cree, compadre, que triunfará la revolucion?

—Vea V.... los papeles públicos... eso de los periódicos dicen que no y que no; pero la revolucion siempre triunfa y mi compadre lo dice de su puño y letra y como ya es gefe.....

—Gefe, sí señor, y muy gefe; ¿cuánto tienen los coroneles?

—Vea V., en campaña..... asegun.

—¡Ah!..... exclamó convencida doña Lola y alcabo de un rato continuó:

—¡La vuelta de don Jacobo!

—Eso, comadre, eso, la vuelta.

—Porque en fin.....

—Eso es lo que yo digo.

—Y lo de Concha.

—Usted dirá..... lo de Concha.

—Y lo de Pedrito.

—Lo de Pedrito; pero al fin es hombre.

—Cierto, es hombre y los hombres..... donde quiera.

—Ay doña Lola!

—Ay don José!

Don José suspiró.

Doña Lola también suspiró, agregando:

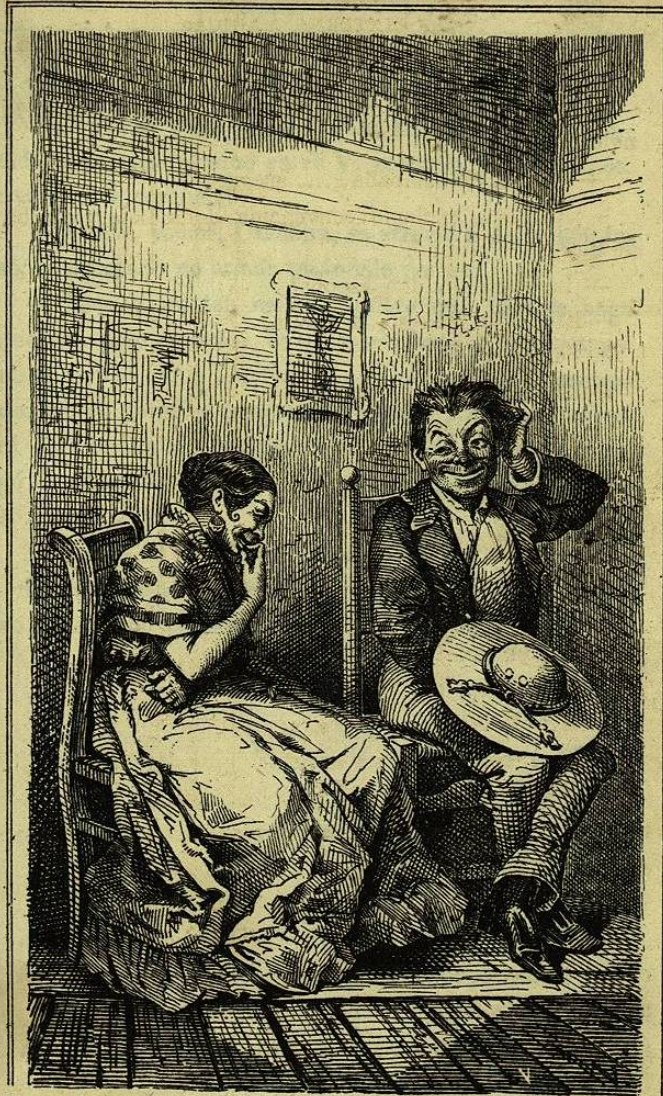
—¡Ya ni compadres nos decimos! ¿que dice V.?

—Caball yo le dije á V. «Ay doña Lola» y V. me contestó: «Ay don José,» y es que como nos ha cogido de sopeton la noticia.

—De sopeton..... que ni quien se la esperara.

—Albricias, albricias! gritaba Casimira subiendo la escalera, haciendo mucho ruido y seguida de algunas vecinas y de todos los muchachos de la vecindad.

Esta irrupcion dió término á la perplejidad de doña Lola y don José.



¡Ay D^a Lola! ¡Ay Dⁿ José!



Los cincuenta pesos estaban todavía sobre la mesa.

—Aquí hay para tamales, doña Lola; nos va V. á convidar á tamales porque ya es V. coronela. Muchachos, que viva la coronela!

—Vamos, vamos, Casimira, se atrevió á decir don José, es necesario no armar escándalo por eso.

—Como V. es tan callado quiere que todo se haga quedito; pero no señor, es necesario festejar esta noticia, no es verdad, doña Lola? como que ha de estar V. contentísima! yo tambien tengo mucho gusto porque no volverá V. á pedirme mis planchas prestadas. Don José, agregó Casimira dirigiéndole una mirada diabólica, ya viene el amo.

Don José se mordió los labios.

Doña Lola no se deshizo de sus importunas visitas sino despues de haberles ofrecido una tamalada.

CAPITULO XXI.

CONTINUA LA HOJA DE SERVICIOS DE DON JACOBO.

EL viejo del rancho de las Vírgenes, como recordará el lector, había juzgado propicio el temporal porque estaba seguro de que no lo inquietarían durante la noche.

María y Rosario continuaban haciendo sus preparativos de marcha, y Pepe y Rafael no habían vuelto del campo.

Por lo que respecta á la guerrilla de Capistran, debemos decir algunas palabras.

Capistran no se llamaba Capistran; tenía otro nombre que había juzgado prudente hacer olvidar.

Capistran no luchaba precisamente por la patria, por

mas que la patria se empeñara en contarle en el número de sus fieles servidores, merced á los registros oficiales del ministro de la guerra.

Capistran se habia acogido á la gracia de indulto ó la gracia de la revolucion, que es lo mismo.

Su vida pasada habia llegado á ponerle en este predicamento:

Ahorcado ó liberal.

Por lo visto no vaciló y defendió la libertad.

El gobierno lo admitió como *ficha* por no verlo convertirse en su contrario.

Esta es una de las gloriosas transacciones de la guerra civil.

Capistran pasó de reo á héroe y decia muy ufano y muy para sí "mi vida está en la bola" y procuraba á toda costa que esta bola de fuego y sangre fuese la bola de nieve, quiere decir, que fuera creciendo.

Sus aliados lo conocian y él conocia á sus aliados; el delito comun es un lazo tan fuerte como el peligro comun.

Esta es la fuerza moral de la guerrilla.

Tristemente hay algo que sustituye al patriotismo y á la subordinacion, y es el remordimiento.

La salvacion de un sentenciado está envuelta en estas palabras "triunfar, sobreponerse"

¿De quién? ¿de qué? ¿porqué? No importa: vencer no importa á quién; matar, aterrorizar, sobreponerse, este es el valor del cobarde.

A este valor debe México un raudal de lágrimas.

Capistran y los suyos eran ese monstruo que se llama guerrilla y que renace á las primeras tempestades revolucionarias como esos insectos que salen de su caracol á las primeras aguas.

Lo que en Capistran no se atreveria á llamar hoja de servicios ni la misma revolucion, era un conjunto tal de crímenes asquerosos que horrorizaba.

Despues de estos ligeros apuntes biográficos sigamos á Capistran la noche de la tempestad.

La guerrilla habia encumbrado el monte, huyendo del fondo de las barrancas y de las vertientes impetuosas de las partes bajas de la serranía.

Aquella tarde ostentaba toda su pompa salvaje la tempestad de Otoño.

Despues de los primeros aguaceros, el cielo pareció tomar aliento para emprender de nuevo una terrible lucha.

Jirones azules aparecieron algunas veces, y en esos jirones alguna nubecilla tornasolada por el sol poniente; pero bien pronto otras nubes gruesas, pesadas y pardas se precipitaban con violencia para cubrir esos intersticios azules, mengua del furor de la tormenta.

Pielagos cenicientos é inconmensurables quedaban en los horizontes como reserva de aquellas nubes monstruosas y negras que barrían las montañas en tropel gigantesco.

Destacándose en uno de esos fondos plomizos, se dibujaban por intervalos las siluetas de la guerrilla: no se sabia si eran los perfiles de *peñas cargadas* ó de forma-

ciones basálticas, 6 nubes desgajadas y rotas por el huracán aquellos erizamientos de la montaña.

Los relampagos determinaban cambiantes cárdenos azulosos y violados en el fondo, y las siluetas aparecian entences negras como un arbolado.

No se distinguia el movimiento de Capistran y los suyos, porque el rápido movimiento de las nubes desvanecia.

A poco una nube parda se arrastró sobre la loma y confundió el perfil fundiendo el cielo con la tierra; despues se perdió todo; habia solo ante la vista esa pesada transparencia que precede en un lejos al chubasco.

En seguida el espacio fué blanco, era una inmensa cascada de granizo.....

Acerquémonos.

Capistran va por delante, su caballo echa sangre por la boca y las narices y sus ojos parecen saltar de sus órbitas, porque enseña esa pequeña línea blanca que da á los caballos un aspecto salvaje.

Capistran, en vez de calarse hasta las cejas su gran sombrero, lo lleva echado hácia atras y recibe la lluvia en la cara y lleva algunos granizos detenidos en sus negros caballos.

Capistran no tiembla, ruje.

Es una fiera que ante la muerte y ante el rayo grita. Llama á la ira en socorro de su terror.

A cada trueno se oye una blasfemia de Capistran.

El rayo arranca por todas partes una oracion: á Capis-

tran le arranca un aullido. Aquel aullido era la mas sublime expresion del miedo.

Pero el miedo de Capistran era el miedo de los valientes, quiere decir, el miedo de tener miedo.

Las nubes de aquella borrasca habian revuelto las nubes de la conciencia de Capistran y al rayo del cielo oponia Capistran el reto del réprobo.

Aquella monstruosidad trasmitió sus reflejos á los otros ginetes y brotó un coro de maldiciones, y cada uno de ellos se decia á sí mismo:

“Aquí es donde para no parecer cobarde se necesita gritar,” y sus formidables gritos se ahogaban en el estallido de un rayo ó en el mugido de las torrentes.

Cada cual pensaba que Capistran debia mandar hacer alto, los caballos iban á perderse, ya dos iban mancos y casi todos heridos por los espinos y raspados en los despeñaderos; pero ningun ginete se atrevia á quedarse atras ni á objetar, ni á murmurar con su compañero.

Capistran sabia que lo maldecian interiormente, pero se gozaba en el abuso de su autoridad y le parecia que estaba probando á los muchachos, como él llamaba á su tropa.

En los primeros momentos de la tempestad reinó la animacion en la guerrilla al aspirar hombres y bestias ese vivificador aroma que se desprende de la tierra al empezar la lluvia.

Despues el terror se apoderó de los espíritus por un momento.

En este momento Capistran arrojó una maldición, gritó, azuzó su caballo y dijo á sus compañeros:

—Adelante, muchachos, y que nadie se *raje!*

Los muchachos entraron al período de excitación á que los condujo Capistran.

Después de este período vendría el desaliento, el cansancio, acabaría todo vigor hasta en Capistran, y al fin la naturaleza desencadenada triunfaría de aquellos seres débiles.

Parecía que todos presentían por intuición la proximidad de este período y se daban prisa.

Un momento más, y la guerrilla hubiera acampado en una cueva próxima; pero un relámpago dibujó á los pies de los caballos como un lago azuloso, con fajas de plata, con arrecifes negros y una nave en el centro.

Era el valle con sus arroyos, sus arboledas y su casita; la casita del rancho de las Vírgenes.

Aquella casa blanca tuvo un hilo eléctrico para cada jinete y produjo en la guerrilla una sobrecitación.

Don Jacobo Baca era el único á quien algunos rayos le habían arrancado estas palabras:

“Señor Dios que nos dejaste.....”

O bien:

“Glorifica mi alma al Señor y mi.....”

Pero Capistran ó el vecino más inmediato se encargaba de cortar con una interjección enérgica aquella oración rudimentaria que se volvía á tragar don Jacobo.

Don Jacobo pensó, al ver la casa blanca, que iba á comer y á dormir.

Otros compañeros pensaron que iban á *habilitarse*.

Los más inmediatos á Capistran, que iba á haber zambra.

Y Capistran que iba hacer una de las suyas. Descendía la guerrilla al valle cuando ya la noche había cerrado completamente.

Capistran moderó el paso y á poco dió resuello á los caballos y dijo con voz ronca:

—Ya no griten.

Siguieron el camino y á poco hizo alto Capistran.

Echó pié á tierra y dijo muy bajo:

—Compónganse; y arregló la silla de su caballo, lo cinchó de nuevo, se bajó el sombrero y quitó los botones de las fundas de las pistolas y el del carcax en que llevaba el spencer, y aflojó la espada del ajuste de la empuñadura en la vaina.

Estas precauciones no fueron secundadas del todo entre los demás jinetes, pues algunos se redujeron á imitar el movimiento y á estirar las piernas, desentendiéndose de esos detalles precisos é interesantes.